

HISTORIA
 DEL MUY VALIENTE,
 Y ESFORZADO CAVALLERO
CLAMADES,
 HIJO DE MERCADITAS,
 REY DE CASTILLA, Y DE LA LINDA
CLARMONDA,
 HIJA DEL REY DE TOSCANA.



14

20

Lerida : Por Christoval Escuder , Impresor.

*AQUI COMIENZA LA HISTORIA DEL MUY
valiente, y esforzado Cavallero Clamades, hijo del
Rey de Castilla, y de la Linda Clarmonda, hija
del Rey Carnuante de Toscana.*

EN Castilla huvo una Doncella, la qual succedió en e' Reyno, y fué Reyna despues de la muerte de su padre, y de su madre, la qual fué llamada Doctiva, y ella escogió por marido al hijo de el Rey de Sardenia, el qual habia nombre Mercaditas, los quales se amaron mucho el uno al otro. Era el Rey Mercaditas muy valiente, y esforzado hombre, y de este matrimonio tubieron tres hijas: La primera fué llamada Hellor: la segunda, Soliadisa: la tercera, Maxima, y esta era mas hermosa que las otras dos. Tambien tubieron un hijo, que fué llamado Clamades, el qual, despues de edad suficiente, fué embiado por el Rey su padre à Grecia, para aprender Griego; y despues à Alemania, para aprender Alemán; y luego à Francia, para aprender Francés. En aquel tiempo que estaba en Francia, cinco Reyes de estraños Reynos comenzaron à hacer guerra contra el Rey Mercaditas; y acaeciò, que los contrarios de este Rey le aseguraron la jornada para la batalla. Entonces el Rey Mercaditas embió por su hijo Clamades, el qual luego como supo las nuevas, se vino con su padre, el qual lo hizo luego Cavallero, y le dió el cargo de la guerra. Clamades hizo tanto por su esfuerço, y valentia, que él venció, y desvarató los cinco Reyes, que hacian guerra al Rey su padre: de manera que él puso todo el Reyno de Castilla en buena paz; y entonces fué Clamades muy nombrado, y estimado en todo aquel Reyno, y en los otros comarcas, y hacian muy gran cuenta de él. En aquel tiempo acaeciò, que tres Reyes muy sabios, hombres de la tierra de Africa, grandes Maestros en la ciencia de Astrologia, y Nigromancia, todos tres tubieron consejo entre sí, y entre ellos de un acuerdo deliberaron, que ellos irian al Rey Mercaditas, y le demandarian sus tres hijas por mugeres. Se llamaban aque-
llos

y de la linda Clarmonda.

7

llos tres, el no se podia hartar de mirarla, la qual le agradó segundo, R, y mas graciosa, y del mejor, y mas gentil gesto, que Rey Caver doncella de su manera en todo el mundo, y en dar- Rey P, se estaba descabellada, y sus cabellos eran tan lindos, y otros rmosos, que parecian fino oro, y le cubrian sus tetas muy uno das por delante; y no fué para la despertar Clamades, que les tan encendido de su amor, que deliberó de la besar antes que volviere, y así lo hizo; y entonces la doncella se despertó, y muy espantada quando le vió; y le dixo, que mucho era atre- do, y descortés, y presumptuoso de haverse entrado en la cama- a à aquella hora sin licencia, y que mucho le desplacia en el haver ido tan osado; y le dixo en esta manera: Yo vos juro, que si no es cosa que vos seais Leopatris, hijo del Rey Barca, el qual ha de fer mi marido, que aunque vos tuviesedes mil vidas, y mil cabezas, vos no os escapareis de la muerte: y aquel que yo digo es de gran linage, y es hombre muy valiente, y esforzado en armas, y en todas otras cosas, y es muy noble, cortés, y gracioso, como quier que yo nunca lo ví; pero el Rey mi padre, y otros muchos me lo han así dicho, y mi padre, y mi madre me han prometido al Rey Barca su padre; y vos ruego, que me digais si vos sois él; entonces Clamades le dixo, que él era aquel, y no otro. Y Clarmonda le preguntò, como era allí venido, y para qué? Y él respondió, que era allí venido por amor de ella, y por la ver antes que la recibiese por muger, y que ninguno lo sabia. Entonces Clarmonda le hizo muy bien cara, y le recibió muy cortés, y amigablemente, pensando que era Leopatris, el qual havia de recibir por marido; y luego llamó à sus doncellas, las quales fueron muy pasmadas quando lo vieron; mas ella les dixo, que aquel era Leopatris; y Clamades salió fuera de la camara, entre tanto que las doncellas se vestian, y entrò en un vergel, el qual no tenia otra entrada, sino por aquella camara; y quando las doncellas fueron vestidas, ellas vistieron à su señora muy ricamente, así como à ella pertenecia; y despues vino Clarmonda con sus doncellas en
el

el vergel donde estaba Clamades, y el dia comenzo para esclarecer muy claro; y quando Clamades vió venir la linda Clarmonda con su gentil, y muy hermoso gesto, no cesó de preguntar si le miró de buen corazon. Allí comenzaron à departir, y hablar con muy amorosas palabras; y entonces conoció Clamades por las palabras que ella decia en què tierra estaba, y en què lugar: y estando ellos hablando en el vergel, el Gigante, que tenia en guarda la linda Clarmonda, despertó, y miró por la ventana de su camara, que miraba al vergel, y vió à Clamades, que estaba atentado cerca de la linda Clarmonda, de lo que èl fuè muy triste, y luego lo fuè à decir al Rey, el qual mandó llamar à la ama de su hija Clarmonda, y la preguntó quien era aquel, que estaba en el vergel con Clarmonda, y què queria? Y ella le respondió, que era Leopatris, hijo del Rey Barca; y el Rey se fuè à la ventana, y conoció muy bien, que no era èl, por lo que embió muchos hombres armados para le prender, y èl mismo vino en persona; y Clamades, quando lo vió venir con tanta gente armada, no hizo ningun semblante de se defender; y el Rey le preguntó, què buscaba allí, y por què causa decia ser Leopatris, por engañar su hija? que èl lo haria morir. Entonces Clamades le dixo: Tèn, señor, por Dios piedad, que yo te dirè la verdad: Sabed, señor, que yo soy Cavallero, mas mi nacimiento fue en tal hora, y en tal punto, que siempre de tres en tres años hadas me toman de noche, y me ponen encima de un cavallo de madera, y me llevan tres dias, y tres noches encima de aquel cavallo por montes, y por valles, y me hacen pasar muchos, y diversos trabajos, y males, y despues me ponen encima de la mas alta torre, que ellas pueden hallar, con aquel cavallo de madera; y vos digo, que antes que amaneciese el dia me pusieron encima de una torre llana de vuestro Palacio, y aún està allí el cavallo: y si vuestra Alteza no lo quiere creer, haga venir conmigo alguno de sus servidores, è yo lo traerè aqui delante de vuestra Alteza: lo qual así fue hecho, y Clamades traxo el cavallo dentro del jardin, el qual fue mucho mirado del Rey, y de todos los otros,

mas

mas ni aun por eso el Rey fue apaciguado, y de camino le dixo, que por què daba à entender à su hija, que èl era Leopatris, hijo del Rey Barca, por lo qual le parecia, que èl no queria su bien, ni su honra? Entonces Clamades dixo, como su hija havia sido muy mal contenta, porque èl era así entrado en la camara, y que era mucho enfañada, contradiciendole, que si èl no era Leopatris, que ella le haria morir, que entonces èl por miedo de la muerte se havia fingido Leopatris. El Rey preguntó, por què causa estaba así razonando falsamente con ella? Y Clamades respondió, que èl era Cavallero, y que èl no pensaba mal ninguno. Entonces el Rey dió parte à su Consejo, por ver què se debia hacer de ellos; unos decian, que no merecia muerte; los otros decian, que la merecia; y èl pensaba en el mal, quando en casa agena era entrado, y especialmente en la camara de la hija del Rey, y quando huvieron harto debatido de una parte, y de otra, lo juzgaron à morir, y èl huvo miedo, no es maravilla, que bien veia que èl no podia escapar en ninguna manera, sino por gran ingenio, y cautela. Entonces Clamades suplicó al Rey por amor de Dios, y Cavalleria, le hiciese morir à la costumbre de la Tierra de donde èl era. El Rey le preguntó, què costumbre era aquella? Y Clamades le dixo: Señor, que me mandeis poner encima de mi cavallo de madera, ò encima de uno de los vuestros, si es vuestro buen placer, que así lo hacen à un Cavallero en mi Tierra, quando lo quieren hacer morir; por esto, señor, yo os suplico por amor, y honra de Cavalleria, que pues que es vuestro placer que yo muera, que me hagais morir en esta manera, sin que sea dicho que yo soy muerto deshonoradamente; y esto haciendo, vos guardareis la honra de Cavalleria, è yo, y todos mis parientes vos serèmos obligados. Entonces el Rey le otorgó su demanda, y dixo, que tomase su cavallo de madera que havia traído, que èl no havia otro: de la qual cosa fue muy alegre Clamades porque èl no demandaba otro, por mejor escapar de sus manos; es à saber, que todos los del Palacio, así como Escuderos, mozos de espuela, lacayos, y otros servidores, que estaban en rededor con arcsos, dardos, lanzas, y espadas,

A 5

das,

das por matar à Clamades; mas quando él fue puesto en el cavallo de madera, y se viò cercado de tan grande Armada, él puso muy presto la mano en la clavija de la frente del cavallo, y la bolvió, y entonces el cavallo le alzó en el ayre tan reciamente, que parecia que los diablos le llavaban; y quando ellos le vieron así levantar en el ayre, todos con gran fuerza comenzaron à tirar sus armas contra él por le herir, de manera, que sus armas caian sobre los que las havian tirado, y muchos de ellos fueron heridos, y muertos; y entonces el Rey, y todos los que allí estaban fueron muy tristes, y maravillados, porque era así escapado; mas no por eso dexò Clarmonda de quedar muy encendida del amor de Clamades, que por la gran hermosura, buen gesto, y gentileza, y por el gracioso, y cortès hablar, y razonar que en él havia visto, no lo podia olvidar, y quitar de su corazon, y hubo muy gran placer, porque era así escapado, que ella havia ya puesto su pensamiento en él, y bien conocia en su hablar, y cortesía, que él era de noble, y alto Lugar; y Clamades anduvo tanto alto, y baxo, que arribò à Castilla, à la Ciudad de Sevilla, en la qual hallò aun al Rey Mercaditas su padre, y à la Reyna su madre. Bien podeis pensar, que fiesta le hicieron, y placer que huvieron, porque la fiesta que el Rey, y la Reyna mas deseaban en este Mundo, era la venida de su hijo Clamades; y luego él contò à su padre, y à su madre la ventura que le era venida; y el Rey su padre le contò como él tenia preso al Rey Crocardo; y le preguntò, que quería hacer de él? Y Clamades le respondió, que fuese libertado, que él havia dicho verdad del cavallo, aunque havia pensado traicion: y entonces el Rey le mandò soltar, pero le dixo, que nunca habria su hija en casamiento. Y el Rey Crocardo se fue à su posada en donde estaba toda su gente, y mucho rogò al Rey Mercaditas, que le diese à su hija Maxima, pues Clamades era buelto, mas nunca se lo quiso otorgar; y quando aquello viò el Rey Crocardo, él embió toda su gente à su Tierra, y se quedó allí solo. La Historia dice, que era costumbre del Reyno de Ungria, que quando el Rey era retado en alguna traicion, que si él entraba en

su

su tierra dentro de siete años, lo podrian condenar à muerte, y matarlo; y como quier que no podia entrar en los siete años, pero bien podria tratar, y hacer la paz con los que havian hecho la traicion: y hecha la paz, bien podria entrar en su Reyno, y lo havia de recibir como de primero; y por aquella causa él no quiso bolver à su Reyno, mas quedóse en la Ciudad de Sevilla, y se puso à usar, y exercer la Medicina, porque era muy entendido en todas las ciencias. Y dice la Historia, que quando Clamades huvo estado allí tres, ò quatro dias, él comenzò fuertemente à pensar en la gran hermosura, buen gesto, y continencia de la linda Clarmonda. Como estaba embebido, y encendido de su amor, le vino en voluntad de irle à ver, y lo dixo al Rey su padre, y à la Reyna su madre, los quales en ninguna manera se lo querian consentir; mas por los grandes, y humildes ruegos que les hizo, le dieron licencia de ir, aunque mucho les pesaba; y luego, sin mas tardar Clamades, aderezò todo lo que havia manester, y despues subió en su cavallo de madera, y anduvo tanto, que arribò cerca del Castillo Noble; y quando se viò tan cerca de él, deliberò descender en un patio, que no servia sino tan solamente à la camara de la linda Clarmonda, y así lo hizo, y puso su cavallo de madera en un lugar muy secreto, en donde ninguno podia entrar, sino por la cama de la linda Clarmonda: y él lo metió allí, por miedo que el cavallo no fuese visto de algunos, si acaso fuese que estuviesen levantados, y porque si por ventura él fuese sentido, que lo hallase allí presto, porque no le cogiesen preso, y que lo matasen, como havian querido hacer la primera vez que allí vino; y despues que lo huvo allí puesto, vino muy paxo à la puerta de la camara, la qual por dicha hallò abierta, y quando él la viò abierta, huvo muy gran placer, y acercóse un poco, y despues entrò dentro hasta la cama, y viò la linda Clarmonda, que dormia: y entonces él fue, y la besò muy dulcemente, y luego ella despertó, y fue muy pasmada, y maravillada quando lo viò, mas quando lo conociò, ella estuvo muy alegre; y entonces le avisò de lo preguntar su nombre, y de que tierra era? Y

tambien porque ella lo queria tanto , deseaba saber de su estado, y de su linage , y de muy buena gana le hablaba , por el grande amor que le tenia : y Clamades , como hombre sabio , y discreto, comenzò muy cortiesmente à responder à sus preguntas en esta manera : Muy alta , y noble dama , pues que es vuestra voluntad de saber mi nombre , y de què gente , y linage soy , no quiera Dios, que yo en ninguna manera vos lo niegue : Sabed ciertamente, señora , que yo me llamo Clamades , hijo de Mercaditas, Rey de Castilla , y soy vuestro humilde servidor, que quiero vivir, y morir por vos. Entonces la noble Clarmonda fue muy alegre, y le agradeciò mucho la humilde respuesta que le havia hecho ; y ella le preguntò , por què la primera vez que èl allí vino se decia ser Leopatris , hijo del Rey Barca ? Y Clamades le respondiò : Por cierto , Señora , esto fue por miedo que yo havia de morir , y no por vos de servir , ni engañar ; y sabed , que mientras yo viviere no vos mentirè en ninguna cosa. Quando Clarmonda entendiò, que èl era hijo del Rey de Castilla , y que habia nombre Clamades , el qual era tanto nombrado , y afamado , huvo gran placer, que no se podia hartar de mirarlo , porque mucha veces havia oido hablar de sus grandes hechos , y de sus nobles Cavallerias , y de las grandes justas , y torneos , de los quales havia llevado la honra en el tiempo que estaba en Alemania , y en Francia ; y entonces se le doblò el amor que ella tenia à Clamades , y començaron à departir muy dulcemente de muchas , y diversas cosas , y se enamoraron el uno del otro , de tal manera , que Clamades la dixo : Muy excelente , y muy noble señora , sepa vuestra Alteza , que vos sois aquella en quien yo he puesto todo mi corazon , y toda mi esperanza , que por cierto , sin vos yo no podria vivir, ni durar en mi tierra en ninguna manera , y si era vuestro buen placer de me admitir por vuestro servidor , yo seria el mas dichoso , y bienaventurado hombre del mundo. Entonces Clarmonda, considerando el gran amor , que el noble Clamades la mostraba, y asimismo que ella era tanto entendida de su amor, le respondiò en esta manera : Clamades , mi caro amigo , pues que asi es , que

vos

vos me quereis tanto como vos decis , sabed en verdad , que si vos me quereis mucho , que aun vos quiero yo mas : no conviene preguntar , si Clamades fue alegre de aquella respuesta, que aquella era la cosa que èl mas deseaba en este mundo , y dixo en esta manera : Mi amor , mi alegria , y mi deseo , yo os agradezco el tanto bien que me quereis en me recibir por vuestro compañero , y servidor ; y Clarmonda dixo : Si señor , salva mi honra , que yo soy prometida por el Rey mi padre à Leopatris, hijo del Rey Barca , y no querria mi madre en ninguna manera quebrar su juramento : y yo sé bien , que antes de poco tiempo vendrà Leopatris , y me llevará à una tierra muy estraña ; pero , señor , yo mas querria à vos , que no à èl , mas yo no sé en qué manera me podiesdes vos haber. Entonces Clamades le contó toda la manera de su cavallo de madera , y en qué manera lo havia habido , y que no quedaria sino por ella , que èl no la llevase muy bien sobre su cavallo ; y Clarmonda le dixo , que ella hablaria con sus doncellas , y luego las hizo levantar , y las contó como aquel era Clamades , hijo del Rey de Castilla , y como la havia rogado , que fuese con èl encima de su cavallo de madera , que èl los llevaria muy bien à ambos à dos , y que la recibiria por muger en su tierra. Quando las doncellas oyeron, que aquel era Clamades , huvieron muy gran placer , porque era nombrado en todas sus tierras por sus grandes valentias , y porque era hijo de un tan gran Rey. Entonces vinieron a Clamades , y le hicieron muy gran fiesta , y fueron bien contentas , que èl la llevase , y querian mas que èl la huviese , que Leopatris ; y ellas le rogaron , que quando havia llevado à su señora , que à lo menos se acordase de ellas , y que le pluguiese de las venir à buscar, porque no podrian vivir sin la linda Clarmonda su señora , lo que èl prometió hacer asi , y que en el o no havia falta. Quando yá huvieron à saz razonado , Clamades se partiò à buscar su cavallo de madera adonde lo havia dexado , y allí lo cargaron de buen pan , y buen vino , y de otras viandas , y de muchas ricas joyas , que eran de la linda Clarmonda : y antes que partiesen , comieron , y bebieron cada uno un poco. Despues subió Clamades

A 2

des

des sobre su cavallo de madera, y Clarmonda subió con él, y quando fueron puestos, y estuvieron bien a su placer, las doncellas rogaron à Clamades, que le pluguiese de se mostrar al Rey en pasando, y que le dixese en alta voz su nombre, y quien era, y como él llevaba à Clarmonda su hija, à fin que ellas no fuesen culpadas del hecho; y Clamades fue contento, y las doncellas le dixerón, que el Rey se venía à holgar cada mañana en su vergel, que era cerca de la camara de Clarmonda, y le mostraron el camino por donde havia de ir: y à fin que la cosa fuese mas segura, una de las doncellas, llamada Floreta, por mandado de su señora la linda Clarmonda, subió en una torre para ver si el Rey era venido al vergel, la qual como le viese, tornó luego à hacer la respuesta, y dixo así: Señora, yo he visto al Rey vuestro padre, que está dentro del vergel, y la Reyna vuestra madre tambien, y los mas principales de la Corte: por esto, señora, yá es hora de partir. Entonces Clarmonda se despidió de sus doncellas llorando amargamente, y así hizo Clamades, y las besó à todas tres, la una despues de la otra: y era gran piedad, y lastima en ver llorar aquellas doncellas, que aquella fue la mas grave partida, que nunca hombre vió, tanto de una parte como de otra; y en pasando delante del vergel donde estaba el Rey, padre de Clarmonda, Clamades le dixo: Señor, no busques mas la señora Clarmonda vuestra hija, que yo la llevo conmigo; y si quereis saber mi nombre, yo soy Clamades, hijo del Rey de Castilla, que la quiero recibir por muger, y será, placiendo à Dios, Reyna de Castilla. Quando el Rey, y la Reyna oyeron aquellas palabras, y vieron que Clamades les llevaba à su hija contra su voluntad, ellos cayeron en tierra amortecidos; y quando fueron bueltos en sí, fueron levantados ellos, conocieron muy bien, que aquel era el que otra vez tenia allí el cavallo de madera, el qual havia sido condenado à morir, mas por causa del cavallo era escapado. Entonces embió el Rey à la camara de Clarmonda, y de las doncellas por ver si era verdad, ò no, lo qual hallaron ser verdad, que los que fueron à la camara no la hallaron en la cama; y es à saber, que las doncellas luego despues de la partida de Clarmon-

da se bolvieron à acostar, à fin que no fuese sentido que ellas fuesen sabidoras de ello; y el Rey, y la Reyna fueron à la camara de Clarmonda, y hallaron sus doncellas, que hacian semblante de dormir, y el Rey, y la Reyna las despertaron, y las preguntaron en donde era Clarmonda su hija; y ellas dixerón, que no sabian nada, sino que creían que estuviese en la cama: luego ellas fueron à su cama por ver si estaba allí; y quando ellos vieron que no estaba allí, ellas fingieron de hacer los mayores llantos, las mayores lamentaciones, que nunca hombre vió, y ninguno supiera decir qual era la mas triste, segun los llantos que ellas hacian, y havia muchos de ellos, que havian gran lastima de ellas por el gran duelo que hacian. Entonces el Rey deliberó de embiar mensageros al Rey Merceditas, por ver si era verdad, que su hijo havia llevado à su hija; y luego embió Embaxadores tras ellos, y el libro dice, que Clamades havia mucho andado, que el cavallo los llevaba muy ligeramente, como quier que ellos se reposaban muchas veces en los mas hermosos Lugares que hallaban, y cerca de las mas hermosas fuentes.

Dice la Historia, que ellos anduvieron tanto por sus jornadas, que arribaron à una legua de la Ciudad de Sevilla, en la qual estaba lo mas del tiempo el Rey de Castilla, padre de Clamades; y quando Clamades conoció que era tan cerca, dixo: Señora, este es el Lugar que buscamos; es à saber, la Ciudad de Sevilla, en la qual está el Rey mi padre, y mi madre la Reyna, y mis hermanos, y es una de las mejores Ciudades que el Rey mi padre tiene, en la qual vos sereis bien recibida; y Clarmonda le dixo: Mi caro, y leal amigo, sabed, que yo he muy gran placer de ello, mas yo os ruego que si vos sabeis aqui cerca algun buen Lugar, que me lleveis à él para descansar que yo estoy muy cansada del camino; y entonces Clamades se fue con su linda amiga dentro de una huerra fuera de la Ciudad de Sevilla, y allí se aperon ambos à dos sobre la yerva à la sombra de un arbol, allí descansaron, comieron, y bebieron de las viandas que traían; y Clamades dixo à Clarmonda, que si la Reyna, sus Damas, y Doncellas supiesen su venida, todas sal-

dian de muy buena gana à la recibir, y hacerla honra; y Clarmonda respondió, que ella havia mucho su placer en ello; y Clamades la rogó, que la pluguiese esperar allí, hasta que èl fuese al Rey su padre para que le mandase venir la señora à la recibir, que èl poco tardaria en venir; y Clarmonda le respondió, que le placia. Entonces Clamades se puso en camino à pie, sin el cavallo de madera, porque era muy cerca de Sevilla, y le prometió que luego bolveria, y le rogó que no recibiese enojo. Entretanto que Clamades iba à Sevilla para traer la señora para hacer honra à la linda Clarmonda, la qual se holgaba en la huerta: ella yendo por la huerta, vió allí muchas hermosas flores de diversas maneras, y diversas colores, de las quales cogió, y se puso à hacer una guirnalda con ellas, que se le tardaba mucho la venida de Clamades.

Ella así estando haciendo la guirnalda, el Rey Cropardo que havia costumbre de ir à las huertas à coger yerbas para hacer las medicinas, entró por dicha en aquella huerta donde Clarmonda estaba; y quando èl la vió tan hermosa, à èl le plugò mucho, y se fue derechamente à ella; y quando ella lo vió, hubo gran miedo, porque èl era tan feo, y givoso, y se comenzó à quejar, y suspirar, y como sañosa, y medrosa, comenzó à decir: O Clamades, caro, y dulce amigo, por què me has dexado sola? Yo vos ruego bolvais à mi, que aun no sois muy lexos; y diciendo estas palabras, lloraba tanto, que se bañava en lagrimas; y quando el Rey Cropardo la oyó hablar de Clamades, luego pensó que èl la havia allí traído, y èl miró de una parte, y otra, por ver si alguno estaba con ella, y anduvo así mirando, y vió en un rincón de la huerta el cavallo de madera, el qual èl conoció muy bien, porque èl lo havia hecho: y luego imaginó, que pues no podia haber à Maxima, hermana de Clamades, que èl tomaria, y llevaria consigo por traición à la linda Clarmonda, la qual era mas que Maxima. Entonces el Rey Cropardo la dixo: Señora, no ayais enojo, porque yo vengo à vos, que Clamades me ha aqui embiado, por causa de una dolencia que le ha dado bien cerca de aqui, à cau-

sa de la qual no pudo bien andar à su placer, y vos ruego, que vengais conmigo sobre el cavallo de madera, è yo vos llevarè allà, que èl me ha dicho como yo debo regir el cavallo por ciertas clavijas; y Clarmonda pensaba que decia verdad, por las señas que le decia, y subió en el cavallo, y el Rey Cropardo lo aderezò muy bien, como aquel que sabia bien la manera de la maestría, y despues subió èl tras ella, y luego bolviò la clavija de la frente del cavallo, y comenzó à subir en el ayre muy terriblemente; y entonces el hombre de oro, que estaba en el Palacio del Rey Mercaditas, comenzó à tañer la trompeta, tanto, que todos fueron muy maravillados, porque ellos no sabian por què tañia. En aquella hora Clamades entrò en el Palacio del Rey su padre, y hizo la reverencia à la Reyna su madre; y quando ellos lo vieron, huvieron muy gran placer, y les comenzó à contar como traía consigo à la linda Clarmonda, y les rogò, que les pluguiese llamar à los Cavalleros, y otros señores para ir à recibirla, y le hacer honra à la entrada de la Ciudad. Entonces el Rey mandò llamar à Cavalleros, Escuderos, Damas, y Doncellas para ir à recibir à la linda Clarmonda: y fueron el Rey, y la Reyna con toda la Señoría, hasta la huerta en donde Clamades la havia dexado; mas ella no estaba allí, que el Rey Cropardo la havia llevado por traición: y las hermanas de Clamades venian allí con gran deseo de la ver, por la hermosura que havian oído decir tenia.

Quando Clamades llegó à la huerta con notable compañía, y no hallò à su linda Clarmonda, ni el cavallo de madera, pensad si èl estuvo alegre; por cierto no, que èl hizo los mayores llantos, y las mayores lamentaciones, que jamás nunca hombre vió, y no havia hombre, ni muger que se pudiese tener de llorar de la gran lástima que havian de èl, y Clamades siempre la buscaba por la huerta, por si la hallaria; y andandola así buscando, hallò el uno de los guantes que se havia olvidado; y quando èl lo vió, pensò amortecer de petar, pero èl mostraba la mejor cara que podia, mas èl no podia tanto hacer, que no cayese amortecido, y cayò en muy gran dolencia, de la qual estuvo gran

tiempo en la camara. El Rey Mercaditas, viendo que su hijo Clamades estaba tan malo por amor de su amiga, la qual así havia perdido, embió mensageros à muchas, y diversas partes para la buscar, y se informar donde la podria hallar.

Vinieron en este tiempo los mensageros, y Embaxadores del Rey Carnuante, padre de Clarmonda, los quales embiaba por saber si era verdad, que Clamades la huviese llevado, y vinieron derechamente al Palacio donde el Rey Mercaditas estaba, y su hijo Clamades en la cama, y ellos le hicieron muy gran reverencia saludandole muy cortesmente de parte del Rey Carnuante, el Rey Mercaditas les recibió honradamente, y despues les preguntó: què querian, y para què el Rey Carnuante los havia embiado à él? Entonces los Embaxadores le dixeron todo lo que les era encargado; y el Rey Mercaditas los contó la desdicha, que havia acontecido, y les mostrò à su hijo Clamades, que yacía en la cama muy malo por amor de su amiga, y que bien pensaba que se moriria. Despues el Rey les diò muy grandes, y ricos dones, y fueron muy bien tratados mientras allí estuvieron; mas ellos fueron muy tristes de Clamades porque estaba tan malo, y asimismo de Clarmonda porque era así perdida, y bien quisiera que estuviera allí para aliviar à Clamades, à fin que ellos hacian buena relacion al Rey Carnuante su señor. Quando los Embaxadores huvieron allí estado seis, ò siete dias, ellos demandaron licencia al Rey Mercaditas, y se volvieron al Rey Carnuante, y le contaron todo el caso. Quando el Rey, y la Reyna oyeron, que su hija era perdida en tal manera, y que no estaba con Clamades, ellos fueron mas tristes, que nunca. Dexèmos aora de hablar de aquella tristeza, y bolvamos al Rey Cropardo, que llevaba la noble Clarmonda.

Así que el Rey Cropardo llevaba la linda Clarmonda, la qual quando se viò en esta manera, comenzó fuertemente à llorar, que ella no conociò, que era engañada, y era gran lastima ver sus lamentaciones, y llantos, y no havia duro corazon en el mundo, que ella no hiciera llorar de quantos hombres la oyeran, y vieran

así

así quejar, y entre las otras lamentaciones que ella decia: Ay de mi desdichada la mas pobre muger, y la mas perdida de todo el Mundo! Ahora soy yo apartada de mi dulce, querido, y leal amigo, el mas hermoso, y galán, y el mejor, y mas noble, y la flor de la Cavalleria, aquel en quien yo tenia toda mi esperanza, mi consuelo, mi placer, y mi alegria, en el qual yo havia puesto todo mi corazon. Ay de mi! Que por mi, el señor Rey mi padre, y la Reyna mi señora madre han tan gran melancolia, y tristeza, porque me partí de ellos sin su licencia, en lo qual harè mucho contra ellos. O Clamades mi leal amigo, cierto yo bien sè que soys en gran congoja, y tristeza tambien como yo! Ay mi dulce amigo! Vos haveis perdido vuestra leal amiga, la qual queriades tanto, que no le haveis hallado en la huerta en donde la dexasteis. Quando Clarmonda se hubo así hartado de quejar, se puso fuertemente à suspirar porque havia yá tanto llorado, que casi no veia. Quando el Rey Cropardo la viò en tan gran tormenta, hubo lastima de ella, y la rociò la cara muy bien con cierta agua que èl tenia, y hizo quedar el cavallo, y descendieron en tierra; mas quando fuè caida en tierra, comenzó su llanto mayor, que el primero, diciendo así: O noble Cavallero Clamades, flor de toda la Cavalleria, mi leal amigo! Yá nunca mas os verè, vuestro amor bien poco ha durado en uno, quando tan presto somos departidos el uno, y el otro. Ay señor mio! No vos verè antes que yo me muera: por cierto bien sè, que si vos supieades donde yo estoy, vos me vendriades luego à buscar: pluguiese à Dios, que èl tuviese por bien de vos hacer saber en donde está la pobre, è indigna sirviente, vuestra leal amiga, por quien tantas penas, y trabajos haveis pasado. Ay mi amigo, el pobre corazon me falta! Y diciendo estas palabras, el falso traidor malicioso Rey Cropardo la tomò por los brazos para la aconsejar, prometiendola, que en pocos dias la haria Reyna de Ungria, que la haria honrar, y servir noble, y honradamente como à Reyna pertenecia, y que no se desconsolase, que el desconsuelo era por demàs. Entonces Clarmonda le respondió, diciendole,

A 19

que

que èl no era sino traidor, que havia vendido al Rey Mercadiras y à su hijo Clamades, que lo havia hecho sacar de prision, mas poco se curaba el Rey Cropardo de cosa que Clarmonda le dixese, y siempre la decia, que ella sería su muger, y la preguntò quien era, y de donde? Y ella por estorvar el casamiento, le respondió, que ella era hija de un pobre hombre, y de una pobre muger, y que no era digna de ver un Rey por marido; mas por eso el Rey Cropardo no mudò su corazon, mas la dixo, que de qualquiera que fuese hija, que havia de ser su muger porque le placia mucho: y entonces se acercò à ella, y la requiriò de amores, y le avisò, que por eso la convenia escapar; y por eso le respondió que le placia, mas que se hiciese por casamiento, y que le pluguiese guardar su virginidad, hasta que la huviese recibido por muger: y el Rey Cropardo fuè contento, mas que se desposasen en la primera Villa que hallarian; y ella se lo otorgò, con esperanza de escapar, que por cosa del mundo no lo recibiera por marido; y el Rey Cropardo la preguntò como se llamaba, y ella dixo, que Escoriera; y èl como traidor la dixo, que era gentil nombre, y hizo tanto con sus platicas, que la hizo comer y beber un poco, y despues subieron à cavallo, y no tenia el Rey Cropardo deliberado de ir à su Tierra, mas havia esperanza de ir en alguna Tierra estraña à fin que no fuese conocido, y queria embiar à su Reyno, que embiasen de sus rentas oro, plata, y todas otras cosas necesarias, hasta que fuesen pasados los siete años, los quales durando, no debia entrar en su Reyno por causa de la traicion que havia hecho. Tanto caminaron el Rey Cropardo, y la noble Clarmonda, que ellos llegaron cerca de una gran Ciudad, que era junto con la Mar, la qual se llamaba Salerno, y en aquel tiempo era Reyno, del qual el Rey se llamaba Meniadus, Indio, el qual havia puesto tal costumbre en su Reyno que ningun estrañero podia pasar por allí sin que viniesen à hablar con èl, y de otra manera caia en la pena puesta, que era de recibir muerte, porque el Rey Meniadus deseaba mucho saber nuevas de Tierras estrañas, y especialmente de Francia, y España, y queria mucho à los Franceses, y à los

Españoles; mas con todo eso, de todas Naciones eran sujetos de venir à èl quando pasaban por su tierra, y quando le traian muchas nuevas, les daba muchas riquezas.

Quando el Rey Cropardo viò aquella Ciudad situada en tan buen lugar, èl deliberò de ir à aquella parte, y por escapar la noche, pensò entre si, que iria à descansar en un prado verde, que era bien cerca de la Ciudad, porque no fuese visto, y porque tambien el cavallo pesaba poco para llevarlo à cuestras hasta la Ciudad. Entonces èl, y Clarmonda se asentaron en aquel prado, cerca de una fuente, y no tardò mucho, que estando en el prado le diò una dolencia muy mala al Rey Cropardo, así como las enfermedades vienen presto à los hombres quando Dios quiere; y entonces puso la cabeza en el regazo de Clarmonda, que ella no le osò contradecir: y así como ellos estaban en aquella manera, los Falconeros del Rey Meniadus llegaron allí, que eran venidos para hacer falcones, los quales havian abatido una Garza; y quando vieron à la linda Clarmonda, vieron à ella, y la saludaron muy cortesmente, y se maravillaban mucho de su gran hermosura; y ella les respondió, que bien fuesen venidos. Entonces el Rey Cropardo despertò, y los Falconeros hablaron con èl; y despues que huvieron hablado con èl, y con la linda Clarmonda, el uno de ellos se fue corriendo al Palacio del Rey Meniadus, y le dixo: Señor, nosotros havemos hallado afuera de la Ciudad en un prado pequeño una doncella la mas hermosa que hombre puede mirar con los ojos, y con ella está el mas feo hombre del mundo; y luego el Rey se puso en una mula, y fue allí con gran compañía, y vino derechamente à Clarmonda, y la saludò, y ella à èl, y despues se acercaron al Rey Cropardo, y le preguntò de su estado, y si aquella doncella era suya; y el Rey Cropardo dixo que si, y que era su esposa, y muger, y que èl era Medico, que venia à morir en la Ciudad de Salerno; y quando Clarmonda oyò así hablar al Rey Cropardo, ella comenzò fuertemente à llorar, y suspirar; y entonces el Rey Meniadus la mirò, y la preguntò, si aquel hombre tan feo era su marido? y respondió que no; y quan-

do el Rey Cropardo oyò aquello, èl fue muy triste, que èl tenia que no fuefe hallado en mentira; y Meniadus la dixo, que se fuefen con èl, que èl queria saber, que hombre era èl; y luego hizo aparejar su gente, y hizo traer al Rey Cropardo, y à la linda Clarmonda à su Palacio, y Clarmonda pensando de escaparse, tirò cerca de su cavallo para ponerse encima de èl, mas fue engañado, que fue algo lexos de èl, que no pudo subir en èl; y de esto fue muy alegre Clarmonda, que bien pensaba ser escapada del Rey Cropardo; fue llevado en la camara del Rey Meniadus, y fue muy honradamente recibida de la madre, y de la hermana del Rey Meniadus, y ellas le hicieron muy gran fiesta, y así hicieron todas las otras damas, y doncellas, por la gran hermosura que en ella era. El Rey Cropardo fue puesto en la sala, y su cavallo de madera, mas èl fue tenido de tal manera, que no tenia poder de acercarse al cavallo. Despues vino el Rey Meniadus, y preguntò al Rey Cropardo muchas cosas; mas el Rey Cropardo no queria nada responder, que estaba muy triste; por lo qual el Rey Meniadus jurò, que pues no queria responder, que seria presto en la carcel, por lo qual entrò en gran frenesi, que por el mal que primero tenia, èl murió dentro de tres días, y las nuevas vinieron à Clarmonda, la qual hizo semblante de hacer gran llanto, pero Durguera, hermana del Rey Meniadus, la consolaba muy dulcemente para la hacer pasar su tristeza, y dolor.

Despues de la muerte del Rey Cropardo, el Rey Meniadus vino à Clarmonda, para le informar de su estado, y condicion; porque yá la havia puesto en su corazon, y estaba muy enamorado de ella, y tenia esperanza que ella seria su muger; mas Clarmonda no gustaba de ser su muger en ninguna manera; y por esto ella dixo, que era engendrada de un Monge en una Monja, y que ella no conocia padre, ni madre, que ella supiese, y dixo que se llamaba Hallada, y que aquel hombre que era muerto en la carcel, se havia casado con ella despues de dos meses acá, y la havia siempre tenido muy bien ataviada; y ella se mostraba muy triste de su muerte, y dixo, que èl era tañedor,

dor, y hecía muchos juegos con el cavallo de madera, que traía; y ella le dixo otras muchas cosas, que no eran verdad, à fin que ella no fuefe su muger, y le dixo, que ella sabia muy bien labrar de seda. Amiga, dixo el Rey, vos dixisteis primero, que èl no era vuestro marido, y ahora decís que sí; yo no sé, que creer. Señor, por Dios me creed, que entonces yo era sañosa contra èl, porque me havia vuido, y por aquella causa yo lo dixi, de lo qual hice mal, y me atrepiento mucho, rogando à Dios, que me lo queria perdonar, que èl estaba entonces muy malo, è yo lo debia consolar, y puede ser que sea muerto por enojo que hubo, porque yo negué que era mi marido. Entonces pensò el Rey, que ella decia verdad, mas por eso no dexò de la adquirir, que fuefe su amiga, y que la queria por muger. Pero hablò sobre ello con su madre, y con sus hermanas, las cuales se lo reportaron mucho, porque el hombre no sabian quien era; mas el Rey hizo tanto por sus ruegos, que ellas fueron contentas, viendo que èl tenia tanta aficion, y luego se quiso desposar con ella. Entonces le dixo Clarmonda, que no pertenecia à tan pobre muger, venida de gente tan pobre, que ella se casase con èl; y le dixo, que se aconsejase mejor sobre ello por guardar su honra; y su estado, y que llamase à todos sus Cavalleros para ver su consejo, y consentimiento, sin que despues no se arrepintiese: y de otra parte le dixo, que Cropardo su marido havia poco que era muerto, y por esa causa no se casaria hasta el cabo del año: y todo lo hacia por dar dilacion, y escusa, con esperanza, que Clamades la vendria à buscar, que à otro no queria sino à èl. Y por todo lo que ella decia, èl no dexò de llamar sus Cavalleros, y hizo tanto con ellos, que consintieron, y fue asignado un dia por se desposar, de lo qual Clarmonda fue muy triste, y no supo que hacer, salvo que pensò que haria como que estaba loca, y fuera de seso; y desde aquella hora comenzò à hablar locuras, y mirar de través, de manera, que todo el mundo decia, que estaba loca, y fuera de seso; y aunque ella era muy bien guardada, siempre lo hacia peor, tanto, que fue preciso atarla, por no poder sufrirla; y de esto el Rey Meniadus fue triste,

y la hizo hacer un muy gentil aposento sobre un vergel, apartado de la gente, y la dió à guardar à diez mugeres honradas, y honestas, por el grande amor que havia puesto en ella; y en esta manera estuvo Clarmonda cerca de un año, ó mas. Ahora dexèmos à Clarmonda con sus mugeres, y bolvèmos à Clamades, que vá ácia la cama muy malo de melancolias, porque havia perdido à Clarmonda su querida esposa.

Dice la Historia, que Clamades estaba muy malo en la Ciudad de Sevilla, y el Rey Mercaditas havia hecho buscar à Clarmonda en muchas, y diversas partes del mundo, y no havian oido nuevas de ella; pero entonces algunos avisaron al Rey Cropardo, el qual no havian visto despues que Clarmonda se perdió; y así mismo fue dicho, que el hombre de oro tañó su trompeta en aquella misma hora que ella se perdió; y de otra parte dixeron algunos, que él iba muchas veces en aquella huerta, en la qual ella fue cogida, por buscar yervas para sus medicinas, y todos decian, que él la havia llevado, y tanto hablaron en ello, que las nuevas vinieron à Clamades, y entonces él presumió que era verdad, porque él sabia la manera del cavallo, y quiso luego ir tras él, y se levantó todo melancolico, y hizo aparejar de comer, y beber para sí, y para algunos de su gente; y luego que se sintió un poco mas fuerte para poder cavalgar, se fue al Rey, à la Reyna, à y sus hermanas, y les dixo, que bien sabian, que el Rey Cropardo havia llevado à su amada Clarmonda, y que la queria buscar por todo el mundo, hasta que la hallase. Quando el Rey, y la Reyna oyeron, que Clamades queria hacer aquello, fueron muy tristes, mas al fin le huvieron de dár licencia de ir à buscar la linda Clarmonda. El Rey le rogó, que tomase ciento de à cavallo, que le acompañasen, porque le pertenecia de ir honradamente, y fueron pagados por un año antes que partiesen. Entonces Clamades tomó licencia del Rey, de la Reyna, y sus hermanas, las quales lloraban mucho por su ida. Clamades se hizo armar, y subió à cavallo, y dixo bolveria dentro de un año, si no era muerto, y enfermo, y así se partió Clamades, y pasó por Guinèa, y de allí fue à Nante

en Bretaña, y despues pasó à Inglaterra, y de allí à Escocia, despues bolvió à Francia, en donde él fue muy bien recibido, porque en otro tiempo havia morada allí: y en todas las Tierras en que llegaba, si sabia que hubiese guerra, él iba à aquella parte, y se informaba quien tenia derecho, y quien no: despues ayudaba de todo su poder al que tenia derecho; y así anduvo el noble Clamades por muchas Tierras buscando la linda Clarmonda, que él queria tanto, y por amor de ella traía las armas negras, y un guante, los dedos encima. Despues fue à Alemania, y pasó por Santiago de Babieja en Asturias, y à Ungria, y à Polonia, y pasaron el Brazo de San Jorge, se fueron à Grecia, y allí hizo Clamades muchas valentias con los Griegos, que eran entonces sin Rey: hacian Guerra al Rey Claudino, que los queria poner en subjecion, y él hizo tanto, que los puso en paz, y despues se fue sin tomar nada de lo que le daban, y ya havia perdido la mitad de su gente en aquella guerra, y en otras, y anduvo tanto de una parte, y de otra, que arribó en Venecia, sin saber algunas nuevas de Clarmonda su linda amiga; por lo qual estaba muy triste, y pensativo, y estuvo allí algunos dias. Una noche, pensando en su cara amiga Clarmonda, él deliberó de se huír de su gente, porque veía que no despachaba nada de su hecho, llevandolos consigo, y el año seria luego pasado. El concluyó entre sí, que iria solo por todo el Mundo, en donde hallaria poblado hasta que él hallase la doncella Clarmonda; y en la mañana se levantó antes de dia, y llamó un mozo de espuelas, y se hizo armar, y le mandó enfillar el mejor cavallo que tenia, y luego subió encima, y dixo à su camarero, que luego bolvia, y los otros de su compañía no sabian nada de ello. Entonces salió fuera de la Ciudad, y anduvo tanto de una parte, y de otra, que halló un monte muy espeso, en el qual se puso à fin que no fuese hallado de su gente. Quando el camarero de Clamades vió que no venia, él estuvo muy maravillado, y no podia pensar adonde su señor podia ser ido; y así mismo todos los Cavaleros, y Escuderos preguntaban con gran instancia al camarero, que era de su señor? Y el camarero les respondió, que él no sabia,

fino que èl havia dicho que luego bolveria; y quando vieron que no venia, ellos fueron todos maravillados, y muy tristes, y se partieron en muchas partes para le ir à buscar de una parte, y otra: y quando vieron que no le podian hallar, ni oir nuevas de èl, ellos se bolvieron para Castilla, y contaron las nuevas al Rey Mercaditas, padre de Clamades, el qual fue muy triste de ello, y hubo tan gran melancolla, que cayò en una dolencia, de la qual murió: y luego que fue muerto, los Cavalleros de Castilla hicieron buscar à Clamades, à fin que heredase el Reyno, y que fuese hecho Rey, pues que su padre era muerto, mas nunca pudieron oir, ni saber nuevas de èl; y tampoco Clamades no sabia nada de la muerte de su padre: pero el Reyno, y la Corona le fueron guardados, y la Reyna quedó Governadora hasta que èl viniese.

Clamades anduvo tanto por los montes, que èl fue bien lexos de su gente tres jornadas, y quando se queria poner el Sol, y èl vino cerca de un muy sumtuoso Castillo, que se llamaba Monte-Estrecho; y quando èl lo viò, èl se fue muy alegre, y se fue derecho para allà, los del Castillo le abrieron la puerta, y fue muy bien recibido, y su cavallo muy bien pensado, y Clamades fue llevado à una camara ricamente aderezada, y se fue desarmando de sus armas. Despues le preguntaron quien era, y què buscaba? Y èl les respondió: Soy un pobre Cavallero, que tengo mas de enojo, que que de placer, y les dixo, que buscaba una aventura, que havia mucho tiempo andaba buscando, por haver placer, y descanso, mas ninguno lo entendia, porque èl hablada encubiertamente. Entonces un Escudero de los del Castillo le dixo, que harta aventura havia hallado alli, porque ningun Cavallero entraba en aquel Castillo, que no huviese de dexar armas, y cavallo, ò se havia de combatir contra dos Cavalleros juntamente entre los quales era el uno el señor del Castillo, que se llamaba Durbans, y el otro se llamaba Serrans de Serraria, y contra aquellos dos le convenia à èl combatir, y por aquello le havian tan presto abierto la puerta: y le contaron, como ellos havian vencido muchos Cavalleros, y los havian muerto en el campo; y le dixerón, que si èl queria, que tenia

tres dias de plazo para combatir; y Clamades dixo, que pues la costumbre era tal, que èl era contento de se combatir al otro dia siguiente: que hiciesen venir los otros dos Cavalleros sin mas tardar, porque èl tenia que negociar en otra parte. Entonces fueron à buscar los dos Cavalleros en otro Castillo, que era una legua de alli: y Clamades fue llevado en una gran sala, en la qual estaban todas las damas, y doncellas del Castillo, las quales le recibieron muy honradamente, y le combidaron à cenar con ellas, que los dos Cavalleros no debian venir hasta la mañana, y havian de venir los dos presto para combatir delante del Castillo en un campo llano. Clamades, como humilde, y cortès, recibió el combite de las damas, y cenò con ellas, y las entretuvo con muy buenas palabras, corteses, y bien habladas, de manera, que fue mucho alabado de ellas, y dixerón, que era muy noble Cavallero. Quando huvieron cenado, Clamades preguntò à la señora del Castillo, por què havia sido puesta aquella costumbre en aquel Castillo? Y la señora le dixo, que havia gran tiempo, que un hombre vino à aquel Castillo todo armado, y se decia ser Cavallero, el qual fue recibido por le recoger aquella noche: y quando vino la hora de media noche, èl se levantò de la cama, y se armò lo mejor que pudo, y anduvo por todas las camaras, las quales no eran cerradas, y matò al señor, y à la señora del Castillo, y tres hijos suyos, y otras diez personas, hombres, y mugeres, y despues matò al Portero del Castillo, y se fue sin llevar nada consigo, y no pudo hombre saber quien era, y havrá cerca de cien años, que esto fue hecho, y por aquel desastre, muchos buenos Cavalleros lo han comprado, que despues acá no entra en èl Cavallero, que no dexa armas, y cavallo, ò le conviene combatir contra dos Cavalleros; y aquesta batalla no es robar, ni hurtar, sino un estado, que despues ha sido guardado aqui en este Castillo: yo vos ruego, que vos dexéis armas, y cavallo, y no os combatais con los dos Cavalleros, que haveis de ser vencido. Porque no vais à piè, yo os quiero dár un gentil palafrèn, que yo tengo; y Clamades, como cortès,

tès, y bien mostrado, le diò gracias del bien, y de la honrà, que ella le ofrecia, y le demandò licencia de se combatir con ellos, que èl no queria, que le fuese probado de ser tan floxo corazon, que rehusase de combatir, por dexar armas, y cavallo. Entonces la señora le preguntò su nombre, y èl respondió, que èl havia nombre Mezquino de Amores, y le venia de sus predecesores; y dixo, que de buena gana lo trocaria, si pudiese; y la dama pensò mucho entre si, què significaba aquel nombre: y entonces Clamades se fue à acostar, que era yá tarde, y despues se levantò por la mañana para ir al campo de la batalla; mas antes que èl llegase, los Cavalleros eran yá venidos, los quales lo esperaban en el campo bien armados, y bien dispuestos para pelear; y quando Clamades supo que eran venidos, y que le esperaban, se diò prisa de se armar; y quando èl fue armado, preguntò, què señal traia en sus armas el señor del Castillo, porque èl lo queria soportar con todo su poder, por la honra, que le havian hecho las damas; y ellas le dixeron, que por entonces no llevaba ninguna señal, mas que èl era el mas grande de los dos Cavalleros. Con esto se despidiò Clamades de los de el Castillo, y se fue para el campo adonde los dos Cavalleros lo esperaban: y luego que llegó, se fue muy reciamente contra ellos, y ellos contra èl; y Clamades diò tan gran golpe de la primera venida à Serrans, que le derribò en tierra à èl, y à su cavallo, y fue Serrans herido de tal manera, que no se podia levantar. Despues començòse la batalla entre Clamades, y Durbans muy fuertemente; mas Clamades se defendiò lo mejor que podia, hiriendo tan reciamente à Durbans con el pomo de la espada en la cara, que le hizo caer en tierra, y no se podia defender, à causa de los grandes golpes, que Clamades le havia dado; mas levantòse como pudo, haciendo por bolver à la batalla; pero le diò tan fuerte golpe Clamades, que le hizo caer segunda vez, quitandole el yelmo. Quando Durbans se viò la cara descubierta, y que Clamades era sobre èl, hubo gran miedo de la muerte, y le demandò perdon; y Clamades le dixo, que si èl queria quitar la costumbre del Castillo para siempre, que èl era contento, y luego hi-

hizo llamar à sus vasallos delante de Clamades, y èl jurò primero, despues hizo jurar à los otros de su Castillo, y de todos sus sujetos, que nunca mas seria guardada aquella costumbre: y así lo juraron, y prometieron la propuesta de Clamades, agradeciendole porque havia tomado su señor à merced, visto, que èl le podia matar si quisiera. Despues tomaron à Serrans, y lo llevaron al Castillo, en el qual primero havia sido herido. Y Durbans, y Clamades se fueron al Castillo, y fue Clamades muy bien recibido, y le hicieron gran honra por la gran valentia que era en èl; y Serrans fue puesto en una camara, y alli lo vino à ver Durbans, y le preguntò si le faltaba algo, y le hizo venir Medicos, y Cirujanos para le curar; y aunque Serrans era mal llagado, pero mas le pesaba de una batalla, que havia prometido hacer por defender la doncella Liades, que no hacia el mal que tenia, y debia partir al dia siguiente. Entonces Durbans le consolò, y le dixo, que se esforzase, que èl mismo haria la batalla por èl. Entonces vinieron à buscar à Durbans para cenar: y quando huvieron cenado, Clamades preguntò por el Cavallero, que havia sido llagado; y Durbans le dixo, que era en la cama todo quebrantado, y le contò como èl havia de hacer una batalla, por la qual estaba muy pensativo, y triste, porque no podia ir, mas que èl havia prometido de hacerlo por èl. Entonces Clamades preguntò la causa de aquella batalla, y Durbans le respondió, que le convenia demandarla à Serrans por saber la verdad, y Clamades fue contento, y fue con èl; y quando Serrans lo viò, èl hubo gran placer, y aunque Clamades havia así llegado à Serrans, no por eso le hizo peor cara, porque bien sabia, que Clamades lo havia hecho por su gran valentia. Quando todos los tres huvieron razonado un poco de tiempo, Clamades preguntò à Serrans la causa de la batalla, que èl havia prometido hacer; y Serrans le dixo, que un tal Clamades, hijo del Rey de Castilla, havia llevado la linda Clarmonda, hija del Rey Carnuante, la qual era prometida à Leopatrís, hijo del Rey Barca, y por el gran enojo, y melancolia, que havia de la perdida de su hija, culparon, y acufaron de traicion las tres don-

doncellas que la guardaban, y las cargaban, que eran consentientes en aquel hecho, por lo qual les convenia sufrir muerte, si alguno se combatia por ellas; y ellas son tres, que no hallan quien se queria combatir por ellas, sino yo, è havia deliberado defender una justa contra los ofensores de estas doncellas, si alguno huviere; mas gracias à Dios, yo soy mal puesto por ahora, pero ella habrá buen defensor, porque Durbans, que estava presente, por su virtud quiere hacer el hecho, por defender la doncella llamada Liades. Entonces Clamades estuvo muy pensativo, quando oyò, que las doncellas havian de sufrir muerte por su causa. Despues preguntò à Serrans, si las otras dos havian hallado hombre, que las quisiese defender de la muerte? Y Serrans dixo, que no; y dixo, que ellas havian de ser quemadas, si no hallaban quien las defendiese, porque el Rey Carnuante, la Reyna, y Leopatris las querian muy mal, por lo que havia sido hecho. Entonces Clamades, que siempre deseaba servir las damas, y doncellas, especialmente aquellas tres, èl deliberò de las ayudar con todo su poder, y dixo à Durbans, que le pluguiese de lo llevar consigo; y Durbans le dixo, que le placia, habiendole en mucha merced la honra, y el bien, que èl ofrecia à las doncellas de querer poner su cuerpo en peligro por ellas: y de esto fue mucho loado Clamades. A otro dia de mañana se partieron Durbans, y Clamades para ir al Rey Carnuante; y tanto anduvieron, que dentro de quatro dias arribaron à un Castillo cerca de donde estava el Rey Carnuante, y se llamaba aquel Castillo Verdecosta, que era del padre de la doncella Liades, la qual Durbans venia para defender en el lugar de Serrans, que havia sido llamado. En este Castillo ellos fueron honradamente recibidos aquella noche, y despues de cenar, Durbans dixo à Clamades, que al otro dia de mañana les convenia ir ambos à dos al Rey, para le hacer saber por què eran allí venidos; y Clamades, como sabio, y bien avisado, dixo, que èl no irà allá, y rogò à Durbans, que èl solo fuese al Rey, que èl tenia por bien hecho todo quanto èl haria: aquello hacia Clamades por no ser conocido del Rey, ù de otro.

Al otro dia de mañana Durbans subió à cavallo, y fuè à hablar con el Rey, y le contó como Serrans su compañero tenia cierto impedimento, por el qual no podia venir à la jornada que havia prometido, y se presentò à hacer la baralla por èl, y el Rey fue contento, mas que la parte fuese contenta. Entonces un Cavallero de la Corte, que debia de ser de la parte contraria, dixo, que tanto valia uno como otro; y entonces Durbans fue recibido para defender la doncella Liades. Despues Durbans dixo al Rey: Señor, un Cavallero es venido conmigo, el qual se quiere combatir por una de las doncellas, y ved allí mi prenda por èl, si le quereis recibir; y el Rey fue contento, y luego Durbans se volvió para Clamades, que era quedado muy pensativo, que èl havia gran piedad de la otra doncella, que era sin defensor, y pensaba como pudiese haver socorro, à fin de que ella no muriese; y quando èl viò que no havia otro remedio, èl concluyò en sì mismo, que Durbans, y èl defenderian las tres doncellas contra los tres Cavalleros, y así como èl estava en aquel pensamiento, Durbans arribò, y Clamades quando lo viò, huvò muy gran placer; y le preguntò como havia negociado con el Rey? Y Durbans le dixo, que èl havia dado prendas para los dos, por defender las doncellas. Y Clamades le dixo, que èl havia gran piedad de aquella doncella, que no tenia quien la defendiese; mas si vos quereis, nosotros dos pelearèmos con los tres Cavalleros por las tres doncellas; y Durbans comenzò à mirar à Clamades, y le dixo, que aquella sería locura, porque ellos eran valientes en armas; mas no le quiso contradecir, porque lo havia hallado tan valiente, y esforzado, y acordò de hacer lo que le placia, y Clamades se lo agradeciò mucho, y le rogò que volviese à presentar prenda contra los tres Cavalleros, y el Rey fue contento.

Entonces embiaron por Leopatris, y por sus Cavalleros, y fue ordenada la batalla, y los unos lo tomaron por gran proeza, y los otros por gran locura. Al otro dia de mañana vinieron los tres Cavalleros de Leopatris al campo bien armados, y con buenos cavallos, y se llamaba el primero Oduardo Nuncorior, el segundo Brunos el Atrevido, y el tercero Don Geldos,

Despues vinieron Clamades, y Durbans bien montados, y bien armados, y alli se comenzo la batalla muy aspera; y el uno de los tres hirio à Durbans de tal manera, que lo derribò en tierra; y quando Clamades viò asi derribar à su compañero, èl corrió contra aquel que lo havia herido y le diò tan gran golpe, que derribò hombre, y cavallo por tierra, y de la gran caída que diò, el yelmo le faltò de la cabeza; y quando Durbans, que era yá levantado, viò en tierra à aquel que lo havia derribado, èl corrió contra èl, la espada sacada, y le la puso à la garganta. Quando el Cavallero se viò tan cerca de la muerte, èl se rindiò, y falliò fuera del campo; y los dos Cavalleros que estaban à cavallo vinieron contra Clamades, y comenzo la batalla mas fuerte; y Clamades hirio à Duardo en tal manera, que le cortò un brazo, y Durbans, que era subido en su cavallo, corrió contra Brunel el Atrevido, mas Brunel le sacudiò de tal manera, que èl tenia harto que hacer; y entonces vino Clamades, y le diò tan gran golpe, que le derribò en tierra à èl, y à su cavallo, y Brunel cayò en tal manera, que tenia la pierna debaxo del cavallo, por lo qual no se podia levantar; y entre tanto Duardo que tenia el brazo cortado, perseguia mucho à Durbans, y Clamades vino otra vez contra èl, y le diò tan gran golpe, que le derribò muerto en el suelo; y quando Clamades hubo dado aquel golpe, bolviò à Brunel, que no era aun levantado, y le dixo, que si èl se queria poner à la merced del Rey, que èl lo tomari, y èl lo hizo asi: entonces cesò la batalla, y fue mucho alabado Clamades, que tan noblemente havia vencido el campo; y quando Leopatrís viò asi vencidos sus Cavalleros, que èl hubo muy gran pesar, y las tres doncellas que havian de morir, fueron libradas por èl gran esfuerzo de Clamades, y Durbans; y aquella noche fue la doncella Liades al Castillo de Verdecosta, que era de su padre, y ella no conocia à Clamades, aunque lo havia visto quando llevò à Clarmonda, porque era èl todo mudado, por la gran melancolia que èl havia por la linda Clarmonda, y por los grandes y diversos golpes que havia recibido en aquella batalla, y en otras, y Clamades la conociò muy bien, y la hizo gran fiesta, y ella le diò gracias humildemente del bien, y la

hon-

honrà que le havia hecho, y las otras dos. Y despues Clamades dixo à Durbans, que rogase al Rey, que Brunel el atrevido, y el otro Cavallero fuesen libres, y sueltos; y asi fue hecho, por lo qual todos dixerón, que Clamades era muy noble Cavallero. Y quando èl hubo estado un poco de tiempo en el Castillo de Verdecosta, èl se acordò de lo que tanto queria, y entonces habló secretamente con Durbans, y le dixo, que èl se queria ir à un negocio que tenia, no como Cavallero, mas como Mercader, y le rogò que le prestase à Pichonete su tañedor, que otro no queria por compania sino à èl. Durbans dixo, que le placia; pero mucho èl pensaba, porque no llevaba mas compania.

Dice la Historia, que Pichonete aparejó las cosas que eran necesarias para Clamades, y para èl: y quando todo fue puesto, ellos se subieron à cavallo, y se despidieron de Durbans, y de las doncellas, las quales eran muy tristes de su partida. Quando Clamades, y Pichonete huvieron andado un poco de camino, Pichonete conociò, que Clamades iba siempre pensativo, por lo qual era muy triste en verlo asi; y un dia se puso à razonar con Clamades, y le dixo: Señor, nosotros somos yá muy lexos del lugar de donde somos partidos, y por esto yo vos ruego, que me digais quien vos sois, y que pensamiento vos haveis? Y Clamades le respondiò, que era de España, y que el Reyno de Castilla le venia; y despues le dixo en gran secreto como èl buscaba à Clarmonda. Y Pichonete le dixo, que si queria saber nuevas de ella, que fuese à Salerno, que alli podria oír muy presto nuevas de ella, por causa de los Estatutos del Reyno, los quales Pichonete le contò. Y quando Clamades oyò aquello que le decia, se fue para Salerno; pero no havia de el todo descubierto su secreto à Pichonete. Y tanto anduvieron por sus jornadas, que arribaron à Salerno. Luego que llegaron à la puerta, rogaron à un hombre, que les mostrase alguna buena posada; y el hombre los llevò à una, que era la mejor que havia en toda la Ciudad; y Clamades inquireiò con el huésped muchas, y diversas cosas, tanto, que le diò nuevas de su linda amiga Clarmonda, que èl tanto deseaba; y

el

el huésped le dixo, como el Rey Mercaditas havia cogido una muy gentil doncella, que un hombre muy feo, y givoso havia traído encima de un cavallo de madera, y que el Rey la huviera escogido por muger, si no fuese por la locura que le havia dado despues de un año acá. Entonces Clamades fue muy alegre, porque luego pensò, que ella hacia aquello à sabiendas. Despues preguntò à su huésped, en què manera podría hablar con el Rey? Y el huésped le dixo, que discreta, y sabiamente le convenia de hablar con el Rey, y debia allí dormir una noche antes que le hablase. Y Clamades le dixo, que èl era contento de dormir aquella noche, y rogò mucho al huésped que fuese à saber del Rey, si podría hablar con èl; el huésped dixo, que le placia, y de buena mañana se fue al Rey, mas èl no era aun levantado; y quando el Rey fue levantado, el huésped llevó à Clamades à hablar con el Rey, y le dixo, que era un hombre de estraña Tierra, y entonces Clamades hizo la reverencia al Rey, y le dixo, que èl era venido expresamente, porque havia oïdo decir, que èl tenia una doncella, que havia perdido el feso; y le dixo, que èl era muy buen Medico para curar de aquella enfermedad; y quando el Rey oyò decir, que èl la sanaria, fue muy alegre, y le preguntò su nombre; y Clamades respondió, que èl habia por nombre Maestro deseoso. Entonces el Rey le rogò que la sanase, que èl feria muy bien pagado; y Clamades no demanda otra cosa, y dixo que la sanaria muy bien, mas èl queria primeramente ver su manera, y continencia. Entonces el Rey lo llevó à se lo mostrar, y le contò como un hombre muy feo, y givoso la havia traído un cavallo de madera. Entonces Clamades le dixo, que era necesario traer el cavallo de madera, que por ventura ella podría haber mejor remedio, à causa de aquel cavallo, que otras veces èl havia oïdo hablar de èl. Esto decia Clamades, por ver el cavallo para llevar à Clarmonda mejor à su placer: y el Rey no sabia nada de la amistad, que era entre Clamades, y Clarmonda; hizo luego traer el cavallo de madera à la respuesta de Clamades; despues el Rey hizo venir à su madre, y hermana, y fueron juntos à la camara de Clarmonda,

vallo, y así lo hizo; y quando èl fue subido, bolviò la clavija de la frente del cavallo, y luego se levantò al ayre, y antes que èl se alexase mucho del Rey, èl le dixo: Señor, no os maravilleis de cosa que veais, que sabed, que yo soy Clamades, hijo del Rey de Castilla, y es Clarmonda, hija del Rey Carnuante, la qual yo he gran tiempo buscado: y con esto quedaos con Dios; y despues bolviò otra clavija, y subieron tan altos, que todos los perdieron de vista: y entonces el Rey fue mucho maravillado, y llamó à Pichonete, y preguntòle, què podía ser aquello? y Pichonete le dixo: Señor, yo no se mas de ello, que vuestra Alteza: mas Señor, bien oïsteis como èl dixo, que era hijo del Rey de Castilla, y que ella es hija del Rey Carnuante; y sepa vuestra Alteza, que yo no sabia quien era hasta aora: verdad es, que me contò como havia havido esa doncella, y como la perdiò, y le encontrò Pichonete la gran valentia, y nobleza que era en èl, y como le viò en muchas justas, y torneos; y entonces el Rey le diò licencia que se fuese, y jurò, que jamás guardaria aquella costumbre de saber nuevas de los que pasaban por sus Tierras, porque Clamades le havia así engañado. Y luego Pichonete se fue su camino derecho para el Rey Carnuante, y le contò todo el hecho; y quando el Rey le oyò, èl fue muy alegre, y luego embiò mensageros en Castilla por ser mas seguro: bolverèmos à Clamades, y Clarmonda.

Clamades se iba muy alegre, parando mientes siempre de no casar, ni enojar aquella que tanto amaba, y se abaxaban, y descansaban en los mas deleytosos Lugares que podian hallar, allí holgaban, y departian como leales amadores; y contaban el uno al otro sus venturas, y trabajos, y tanto anduvieron por sus jornadas, que arribaron à un Lugar de Sevilla, y siempre se tenia Clamades cerca de Clarmonda, porque otra vez no la perdiese; y otro dia despues se levantaron de buen mañana, y se fueron para Sevilla: la guardia que estaba en una Torre muy alta, viò venir à Clamades, y luego le conociò en el cavallo de madera, y hubo muy gran gozo, y fue corriendo à decirlo à la Reyna, la qual hubo un gran placer, que apenas podia hablar; y

luego ella, sus hijas, y hermanas de Clamades los fueron à recibir, y allí hubo mucha alegría de una parte, y otro; y despues se fueron à Palacio, y Clarmonda fue llevada à la camara de la Reyna, la qual fue muy bien recibida de las hermanas de Clamades. Y quando Clamadas supo, que el Rey su padre fue muerto, èl hizo gran llanto, que era mançilla de le oir, y Clarmonda lo consolaba lo mejor que podia; y quando èl hubo acabado su llanto, dixo à la Reyna su madre, que èl se quería casar con Clarmonda, mas que el Rey Carnuante fuese venido, y luego le embiò mensageros: y à las tres Doncellas, à Durbans, Serrans, y al Rey Meniadus, à su madre, y Darguera su hermana, y à los dos Reyes que se havian de casar con sus dos hermanas fueron embiados correos à todos los sobredichos, que se hallasen à cierto dia en la Ciudad de Sevilla; ninguno de ellos faltò de venir al dia asignado en la dicha Ciudad, los quales fueron muy bien recibidos todos con gran triunfo, y honra, y fueron muy bien aposentados, cada uno segun su estado; y se hizo muy grande fiesta, y alegría, por causa de los grandes calamientos que allí se hicieron, como aqui se dirà.

Es à saber, que todos aquellos que Clamades havia embiado à llamar, vinieron allí con otros muchos, por ver las grandes maravillas, que se decian de Clamades; y quando todos fueron venidos, Clamades se casò con Clarmonda, y fueron hechas las bodas, muy ricas, y muy triunfantes, segun la costumbre de la Tierra, y fueron ambos à dos coronados; y allí se casò el Rey Carnuante, padre de Clarmonda, con la Reyna Doctiva, madre de Clamades, que la Historia dice, que la Reyna, madre de Clarmonda, murió de melancolia, y el Rey Meniadus se casò con Maxima, hermana de Clamades; y los dos Reyes, que havian dado el hombre de oro, y la gallina, se casaron con las otras dos hermanas; y el Rey Garadante, que era Rey de los Montes, se casò con Darguera, hermana del Rey Meniadus; y las tres Doncellas de Clarmonda fueron casadas muy ricamente, y Clamades diò grandes dones à Serrans, y à Durbans, è hizo Cavallero à Pichonete, y le diò grandes riquezas.

Def-

Despues de hechos aquellos calamientos, y acabada la fiesta, cada uno tomò licencia del Rey Clamades, y de la Reyna Clarmonda; y diò Clamades grandes riquezas, y tesoros à cada uno, y diò el hombre de oro al Rey Carnuante su suegro, y diò la gallina de oro à la madre del Rey Meniadus, y el cavallo de madera guardò para si, porque le havia bien servido, y cada uno se fue à su tierra. Clamades, y Clarmonda vivieron siempre en buena paz, y concordia por espacio de quarenta y seis años, y hubieron un hijo, y una hija: el hijo fue Rey de Castilla, y la hija fue casada muy altamente: y murieron Clamades, y Clarmonda ambos à dos en un año, y fueron enterrados el uno cerca del otro muy honradamente.

F I N.



26 58
 15 1249
 6 1193
 10 4
 3 57
 7 1389
 4 4
 7 148
 6 1193
 87 11990